

“EL ALMA EN PENA”

La importante Biblioteca Renacimiento nos ha ofrecido, entre sus últimas obras, un bello y triste libro de un malogrado y genial poeta. Se titula *El alma en pena*, y es su autor el inspirado y noble vate Carlos Fernández Shaw.

Unidos así el nombre del poeta y el título de su obra, dan la síntesis de lo que es el contenido de este doliente libro, á los que conocimos y amamos al insuperable cantor de *Poesía de la Sierra*.

Al extinguirse para siempre la fecunda musa de Fernández Shaw, dejó como herencia un puñado de hermosas inspiraciones, que debieron formar en su día libros tan bellos como los que cimentaron su fama. Piadosamente, han venido dando á la publicidad la viuda y los hijos del poeta aquellos trabajos últimos, contribuyendo á mantener vivos entre nosotros el recuerdo del ilustre escritor y la admiración á su obra.

Entre aquellas poesías fué formando Fernández Shaw un ramillete de tristes flores, que reservaba avaro, destinándolas á la publicidad después de su muerte. Eran estos versos íntimas impresiones de su vida inquieta, hondas amarguras de su alma, gritos de terror de su medroso vivir de los últimos tiempos, y el vate tenía miedo de que, lanzadas á la publicidad, algún villano se burlara de aquel relicario de sus penas. El mismo dejó escrito sobre el sagrado legajo el título de su libro: *El alma en pena*.

Tal es, pues, la obra que la Biblioteca Renacimiento publica. En sus páginas vibra con gran intensidad, conmoviendo al lector, toda la amargura de la vida doliente de Fernández Shaw en sus últimos días. Atenazado por el dolor, perseguido por medrosas inquietudes, parece surgir el alma en pena del poeta á través de las tristes canciones. Los que gustan de la poesía superficial, ligera y alegre, buscando solamente en ella grato entretenimiento, y no hondas emociones, no deben leer este libro, que es todo sentimiento.

Estos versos de *El alma en pena*, como dice Fernández Shaw,

«son ayes, más que versos,
que brotaron del alma, lastimosos,
en instantes horrendos».

Entre las composiciones reunidas en el libro, las hay tan bellas como *El reloj de mi casa*, impregnada de una suave ternura; *La canción que no escribo*, *La calle de la Amargura*, en la que se concentra toda la tristeza del poeta, y *Plegaria*, bellísima, de una exquisita inspiración. En alguna composición apunta una fina ironía, un poco trágica, de acnerdo con el espíritu del libro, como en estos versos:

«Soñé que me faltaba,
por instantes, la vida...
miré la negra caja...
sentí la fosa misma...
y aún fué mayor mi espanto:
¡soñé que revivía!»

Mezcladas con estas y otras composiciones, aparecen en el libro pensamientos sueltos, estrofas cortadas, poesías en germen, que no llegaron á terminarse; labor desordenada, que respalda perfectamente al estado de inquietud del poeta. Este ramillete de pensamientos y poesías fragmentarias está formado por aquellos que decía el vate «ayes, más que versos», que apenas brotaron en el alma «en instantes horrendos», fueron fijados febrilmente en la cuartilla.

El libro de Fernández Shaw quedó sin terminar, y para completar el volumen se han incluido al final de éste cuatro composiciones que el poeta tenía preparadas para su nuevo libro *Poesía del cielo*, que había de completar su soberbio tríptico con *Poesía de la Sierra* y *Poesía del mar*. Se titulan estas composiciones *Mundos y mundos*, de espléndida factura, en verso libre; *De hinojos*, poesía de soberana inspiración, de lo mejor que ha producido la jugosa musa de Shaw, y *La Luna, de día*, y *Los vuelos de los hombres*, tan hermosas é inspiradas como aquéllas.

Estas cuatro soberbias poesías, robustas de inspiración, ricas de imágenes, de intensa belleza, valen por todo un libro. Ellas demuestran que *Poesía del cielo* hubiera sido la obra más completa y brillante de Fernández Shaw. Ellas son también, al final de aquel libro, un gratísimo sedante, después de la lectura de las páginas doloridas de *El alma en pena*, reflejo del vivir de aquel inolvidable príncipe de poetas.

LEÓN ROCH.

“El alma en pena”

1913

UN LIBRO DE VERSOS

«El alma en pena», poema íntimo por Carlos Fernández Shaw

Algunos años después de la muerte del malogrado poeta Carlos Fernández Shaw aparece en las librerías este libro, que recoge los últimos versos del autor de «Poesía de la Sierra».

Libro de dolor; libro de sinceridad. El poeta en él nos da su alma dolorida ante la vida que se le niega, ante la muerte que le aguarda...

La rima y el ritmo son tan sencillos, son tan claros, que el dolor del poeta se transparenta sin artificio alguno. Y quizás por esto, aun cuando Fernández Shaw fué siempre un poeta que no atormentó su Musa con martirio de la forma, los versos de «El alma en pena» son de los mejores que escribió.

Durante muchos años Carlos «se vió» morir; él que tanto amaba la vida, que dió todo su corazón á esa quimera que se llama Gloria, sintió que las fuerzas se le acababan, que su cerebro se obscurecía, y cuando se acercó á él no pudo gozar de sus caricias.

Un día se sintió enfermo, y la enfermedad rebelde, cruel, despiadada, fué destruyendo á aquel hombre al parecer tan fuerte.

Para reponerse buscó refugio en Cerecedilla. La sierra y el dolor hicieron un gran poeta de Carlos, cuyo arte ganó en horizontes, sensibilizándose.

El que á los diecisiete años tenía ya fama de poeta, la afirmó rotundamente con la publicación de «Poesías de la Sierra», á la que siguió «La vida loca», galardonada por la Academia con el premio Fastenrath.

Descansaba solamente en su amado huerto de Cerecedilla.

En él escribió sus mejores libros, y allí, al amparo de aquel remanso de su vida de lucha, soñaba con ver convertida en realidades sus ilusiones. Escribió é imaginaba planes vertiginosamente. Soñaba con el estreno de un drama en verso, «La Virgen de los Rosales», con la afirmación de la ópera nacional, de la que, en su campo de poeta fué entusiasta propagandista, con veladas en el Ateneo, con un viaje á América.

Todo lo acabó la muerte; pero lo acabó lenta, pausadamente, con refinamiento cruel. Duró unos años la lucha, y al fin la Sirena Negra venció.

¡Imagináis que haya un dolor más grande que el dolor de este hombre que siente venir la muerte, acercarse á él, estrecharle en sus brazos, helar su sangre, detener su corazón y no tener medios de defensa!

Y la muerte llega un día primaveral por el huerto en flor.

«Mira que es triste mi sino,
llega la muerte traidora,
llega contra mí la infamia,
por un camino de rosas,

dice el poeta, y luego, ante la resurrección de la vida:

«Mientras me muero de angustia,
todo en el mundo revive;
mientras me acaban las penas,
¡hasta mis hijos sonríen!»

pero, cansado de sufrir, añade:

«No prolongues mis tormentos,
dura muerte, muerte aciaga,
ven y acaba con mi vida,
que es mi muerte. ¡Ven y acaba!»

La última parte del libro la forman unas cuantas composiciones que hubieran formado el libro «Poesía del cielo», en el que el poeta había puesto sus mayores esperanzas. «Quería él—dice el noble proleguista de esta parte del libro—terminar el tríptico poético que había imaginado al escribir «Poesía de la sierra» y «Poesía del mar», y compendiar en las nuevas composiciones toda su obra lírica, toda su fe».

Seguramente, hubiera hecho una obra definitiva con el libro de sus amores. Dios no ha querido que lo escriba. La última composición, sin terminar, es para nosotros, sus verdaderos amigos, como una oración y leyéndola, en el alma el recuerdo del malogrado Carlos sentimos renovada la pena por su muerte y avivada nuestra admiración por el gran poeta.

Luis Brún.

El dolor

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM

"El Correo"
Madrid
-19-10-913-

uno de los maestros de la forma poética; pero en ninguno de sus libros había llegado á lograr la sencillez y la libertad que en este hermoso poema de «El alma en pena» resplandece.

MORSAMOR.

que me desvela y me espanta
con ladridos lastimeros...

Y he llegado á acostumbrarme
de tal modo á sus lamentos
que, si calla, me desvelo,
me angustia más el silencio.»

Su dolor, desespera de todo remedio, [menos
de la muerte; pero su conciencia, lanzando
una última protesta, se vuelve proféticamente
hacia lo porvenir, y dirigiéndose á «un hom-
bre de otro tiempo»:

«Vendrá un día dicho—por obra de la cien-
(cia,
de los hombres insignes—en que el mal que
(me acaba
quede al fin descubierta, para siempre ven-
(cido;
con que al fin ya no fuere nuestra vida su
(esclava.

Ten piedad, ese día, de mis penas, hermano.
Proclama que fui víctima de bárbaro martirio;
que sucumbí luchando sin tregua ni reposo,
bajo el letal influjo de un tétrico delirio.
Que el mal que me aniquila no fué demencia

(torpe,
como el vulgo sospecha, sin piedad, ó asegura.
Dí que fué más intenso, más amargo, más
(hondo,
porque pude apreciarlo con perfecta cordura.

Y á través de los años, de los siglos—¡quién
(sabe!—
Ten piedad de mi angustia, ten piedad de mí
(hastio,
de mi trágica vida, de mi trágica muerte;
¡ten piedad de la queja que en mis versos te
(envíol

Otras veces, el contraste de su desdicha con
el bien ajeno, la aspereza desgarrante del roce
con la vida externa, provoca en su espíritu
amargas querellas, sarcásticos lamentos, pun-
zantes como los de un Heine:

«¡Me muero!», dije, «Me muero!».
Los que no me despreciaron.
«¡Muérete ya!», me dijeron.
Y el llanto nubló mis ojos.
Y al punto sentí sus risas...
¡Y aún vivo, Dios poderoso!

«Tú no comprendes mis penas.
Juzgas mis versos en broma...
Y es natural. En el mundo
suceden terribles cosas.

Corramos, pues, nuestras suertes;
yo, que sufro; tú, que gozas;
yo, que lamento mis males,
y tú que de mí te mofas.
Chanzas y veras terminan
en veras amargas! ¡Todas!
Por la muerte y en la muerte,
¡las unas como las otras!
Sigamos, pues, nuestros gustos;
con lo que nadie se enoja.
Yo quiero morir en serio.
No puedo vivir en broma.»

El complemento mejor de este poema dolo-
roso es el fragmento del libro «nunnato» «Poe-
sía del cielo», que bellamente, como un hori-
zonte luminoso, cierra el volumen de «El alma
en pena».

El propio poeta da la significación del libro
presentado en estas líneas:

«Una de mis mayores penas—lo sabe Dios
—en estos días de tantas, nace de pensar que,
al morir, muere conmigo, apenas comenzado,
el libro en que fundé más y mejores espe-
ranzas.

Hubiera formado grupo independiente con
«Poesía de la Sierra» y «Poesía del mar», que
al quedarse desvalidas de su concurso, que-
daronse en gran pobreza.

El lector presunto de «Poesía del cielo» hu-
biera advertido pronto notables relaciones
entre los tres libros; cómo estaban animados
los tres por un mismo espíritu; cuál era éste,
y cuál la verdadera significación de la obra
total y de cada una de sus partes.»

Consta el fragmento que hoy se publica de
un canto al cielo, en su aspecto sideral; de
una canción bellísima «A la luna de día», que
es de lo más original, delicado y gallardo que
escribió el gran poeta, y una oda valiente,
impetuosa á «Los vuelos del hombre».

En estas poesías vuelve el poeta á recobrar
aquella alentada y amplia inspiración que ca-
racteriza casi toda su poesía.

Debe hacerse notar, por último, la admira-
ble perfección de la forma de estas poesías.
Fernández Shaw ha sido, indiscutiblemente,

UN LIBRO PÓSTUMO

EL ALMA EN PENA

Ha aparecido en la Biblioteca Renacimiento
un libro del infortunado Fernández Shaw. Se
titula «El alma en pena» (poema íntimo), y lo
constituyen aquellas poesías que durante el
verano de 1909 escribió el eminente literato,
cuando, como «alma en pena», expresivamen-
te lo dice su título, vagaba por la sierra bus-
cando la salud de su cuerpo y su espíritu, á
una fatigados por terrible dolencia.

En otros libros de su última etapa—«La vida
loca», «Poesía de la Sierra», «Poesía del mar»,
«Poemas del Pinar»,—el poeta, aún alentado
por las esperanzas de su vigorosa madurez,
impulsado por el empuje de sus propios anhe-
los, podía distraer su espíritu atormentado en
el espectáculo de la vida externa, y acogiendo
amorosamente, con optimismo, el encanto de
la naturaleza, llena de vigor y de fuerza, can-
taba exaltadamente. Su canción predilecta,
era la

«Canción de paz, de amores;
canción de luz, de vida;
¡la hermosa, la vibrante
canción de la alegría!»

Pero luego, no: su dolor continuo, aniqui-
lante, le quitó fuerzas para salir de sí mismo;
y toda su alma se aplicó, encarnizadamente,
con ahinco sañudo, á la contemplación de su
propia desdicha. Por esto, el último libro de
Fernández Shaw es de todos los suyos el más
acendradamente lírico—en el sentido retórico
de la palabra,—y al propio tiempo el más sin-
cero, el más hondamente conmovedor. El poe-
ta declara la índole de su libro en el comienzo:

«Oye, lector: si gozas de la vida,
no fijes tus miradas en mis versos.
Son muy tristes, y causan las tristezas
los daños, que desgarran, del veneno.
Mas si lloras y sufres
si el dolor te enloquece, ve leyéndolos.
Expresando mis cuitas, es posible
qué digas, á la vez, tus propios duelos.»

Y así es la verdad: la angustia, la desespera-
ción, emanan contagiosamente de todas las
páginas.

El poeta ha encontrado para las sutilezas
de su inquietud cavilosa las más significati-
vas y evocadoras expresiones. Para expresar
la fatiga intelectual que se va apoderando de
su cerebro, dice con admirable sencillez:

«Siento, á menudo, que mi pobre
triste cerebro, pierde, pierde,
luz y vigor.
Que no concibo las ideas
si no con una gran fatiga,
sin precisión.
Tal debe ser la grande angustia
con que la Tierra ve que pierde,
¡ya por instantes!
la luz del Sol.»

Toda la vida del poeta es como un desvelo
de enfermo, como una noche inacabable. («¡Oh
qué larga es la noche para el dolor que vela!»
decía Vigni). Y en medio de esta alucinante
monotonía, todos los accidentes externos hie-
ren, sobresaltan el espíritu del poeta con una
sutileza penetrante;

«Dicen que los perros ladran
si acaso «barruntan muertos»;
que sus aullidos, entonces,
son fatales y agoreros.

En unos prados vecinos
pasa las noches un perro,

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.



11-12-73

NUEVO MUNDO

EL ALMA EN PENNA

En memoria de un gran poeta

De manos de la viuda del ilustre cantor de la Sierra y el Dolor, Carlos Fernández Shaw, recibo un ejemplar de *El alma en pena*, poema íntimo que acaba de dar á luz la Biblioteca Renacimiento. Estos libros póstumos llegan á los amigos de los poetas que fueron, exhalando la misma fragancia con que á sus almas inmortales deben de llegar nuestras oraciones. Yo conocía el poema hace tres años. Oí sus versos desgarradores de labios del hombre que los imaginara, cantados con aquella incoapiable destreza que todos reconocíamos en el malogrado escritor. Siendo algo de lo más recóndito de su alma entristecida, y en momentos de agudo sufrimiento, parecía su canto desolador la más intensa expresión de la elegía. Confieso, sin embargo, que al leer estos días *El alma en pena* me han sobrecogido sus trenos como si ante los ojos me presentaran una visión del Apocalipsis. Y es que, de entonces á ahora, por estos versos angustiosos ha pasado la Tragedia.

De todas las hondas tristezas que atormentaron á Fernández Shaw en sus últimos años, ninguna tan cruel para su espíritu como el escepticismo, que imaginó ver en cuanto le rodeaba, de la realidad de sus males físicos. En aquellos días terribles de su mayor angustia, fuimos muy pocos los que en el fondo de la neurastenia, tan pródiga en temores de imaginarios males, adivinamos algo implacable, algo que consumía la savia del poeta y lo llevaba á la muerte.

De aquí su anhelo de hacerse comprender, de tornar realidad viva lo que todos calificaban de alucinación. Repasando las páginas de su último libro, se advierte la obsesión de ser comprendido, con que esperaba ser consolado.

Tú, Dios piadoso, que miras
mis suplicios infernales;
tú, que mis culpas conoces;
tú, que mis tormentos sabes:
haz que los hombres conozcan
todo el horror de mis males.
Comprendan... por qué me pierdo,
¡ya que no pueden salvarme!

Así dice el poeta en una de sus composiciones. Y en otra, exclama:

¡Ay, mis cantos lastimeros,
los últimos cantos míos!
Si dijeran bien mi angustia,
lloraran hasta los riscos.

Mas, ¡ay!, de modo tan pobre
mis grandes tormentos dicen,
que si los riscos no lloran,
los hombres, en cambio, rien...

Estamos tan acostumbrados á los poetas que jumbrosos de imaginarias penas jamás sufridas, que cuesta trabajo creer lamentaciones poéticas, como effluvio sincero del alma, y nos limitamos á admirar á los autores por la maestría con que acomodan sus versos á un estado de ánimo fingido. Por esto, Carlos Fernández Shaw no quiso publicar en vida su poema. Tuvo miedo á las sonrisas de los escépticos: Después de la

tragedia de El Pardo, no cabe dudar de la sinceridad del poeta triste.

El alma en pena es el diario de un espíritu pujante, encarcelado en un cuerpo herido de muerte; es algo tan intenso y tan elegiaco como los últimos renglones del *Werther*. Sino que el héroe de Goethe, de haber alentado con vida humana, pudo curar sus males en el olvido, mientras que el drama de Fernández Shaw no podía tener otro



Carlos Fernández Shaw

desenlace, porque los hombres no supieron vencer aquella ruina de la materia.

Las cuerdas de mi guitarra

Dan sus perfumes al viento
en las nochecitas claras...
los claveles de mi huerto.

No te me pongas delante,
que cuando te miro serca...
se me alborota la sangre.

Me dijiste: «Hasta luego»...
Mi corazón dijo: «Adiós»...
¡Lo demás, lo dirá el tiempo!

Por las amillitas
de mi pelo negro,
y por la Pastora, te juro, serrano,
que por tí me muero.

Nubecitas grises,
nubecitas blancas,
cuando el viento te la arremolina...
¡asta el sol nos tapan.

Yo conservo tus ojos
en las entrañas,
y el recuerdo de fuego
de tu mirada.
¡Quiero casarme...
y buscar otros ojos
en que mirarme!

Gloria de la PRADA

Descuella la sinceridad en este poema sobre todas las otras galas. Escrito en los instantes de mayor desesperanza, no podía resonar en sus versos sino el fatalismo y la convicción de lo irremediable. Los guerreros, cuando van al combate, cantan himnos viriles de confianza en su victoria. Cuando los poetas van á la muerte, no pueden cantar más que su propia elegía, la canción de su descanso. Soldados y poetas, en su camino, van cantando al ideal. Fernández Shaw, mi pobre amigo, se veía morir y dejó en sus versos de *El alma en pena* los últimos alientos de su vida generosa, digna de mayor ventura. Y, unas veces, la serenidad de su espíritu sentía las voces de la Intrusa indiferentemente...

¡Adiós, puertos de la Sierra,
cumbres en Navacerrada,
pinares en la Fuenfría,
pinares en Guadarrama!
Nunca volverán mis pasos
á profanar vuestras nieves.
Voy camino de otro puerto,
puerto del que no se vuelve...

Otras veces, el poeta se estremece ante la visión de la agonía. Siente á su alrededor el concierto de la vida hermosa como nunca, y su alma de artista se resiste á alejarse del mundo pletórico de dulces emociones...

Van declinando mis días
en la paz del huerto mío.
Mientras más florece el huerto,
con más afanes me extingo.

Mira que es triste mi sino:
llega la Muerte traidora;
llega contra mí, ¡la infame!,
por un camino de rosas.

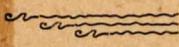
Y, en no pocos parajes del poema, se advierte que el autor, acorralado por las torturas del cuerpo, y pese á su afán de vida inextinguible, llama á la Muerte como si fuera el término de su camino doloroso y el umbral de un jardín de paz y sosiego. Entonces la voz del poeta arranca á su sentimiento los ayes más trágicos...

No prolongues mis tormentos,
dura Muerte, Muerte aciaga.
Ven, y acaba con mi vida,
que es mi muerte. ¡Ven, y acaba!

En el poema, no obstante, predomina la voz de socorro que á los cuatro vientos lanza el poeta. Sobre todos los matices de su poesía, brilla con más claridad una esperanza y una fe admirables. Naufrago de la vida, sus ojos febriles buscan ansiosamente un punto de luz por donde venga la salvación. Alternativamente, asoman la confianza y el desconsuelo... Parece divisar un faro... Y el faro se pierde... Columbra un navío que llega... Y el navío se aleja, sin escuchar las voces del doliente. ¡Es horrible, horrible!...

El alma en pena, que es el libro más subjetivo de Fernández Shaw, ha de emocionar á sus lectores hondamente. Y si en vida mereció el pobre muerto palmas y laureles, no ha de faltarle ahora un tributo de lágrimas...

Federico Romero

ESPAÑA 
Y
 AMÉRICA

REVISTA QUINCENAL

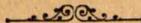
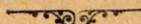
DE

RELIGIÓN, CIENCIA, LITERATURA Y ARTE

PUBLICADA POR

PADRES DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN

Año VIII.—Tomo II


Abril, Mayo y Junio de 1910.


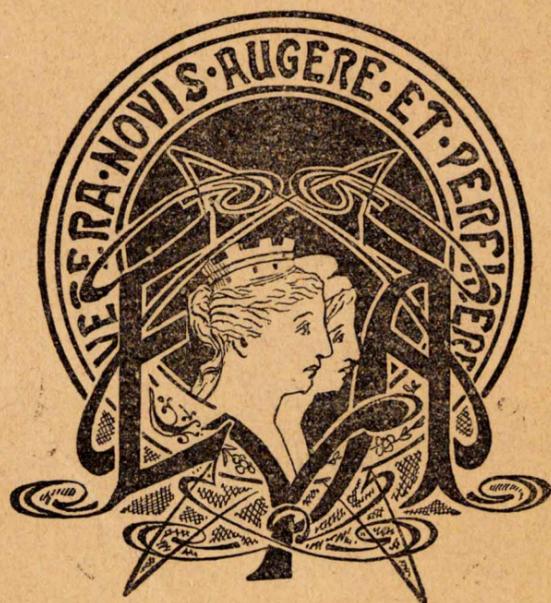
MADRID

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Calle de Recoletos, 15.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Es propiedad.



Con las licencias necesarias.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJML

TEOLOGÍA Y ARTE

por el P. Eusebio Negrete.

Dos cosas me han inspirado y movido á publicar las siguientes líneas. Es la una, el magnífico canto que el Sr. Fernández Shaw tuvo á bien dedicarme, y en el cual el altísimo poeta, atenta la mirada en

«el libro de los cielos, donde el alma
jamás termina su febril lectura»,

y sintiéndose vivamente conmovido y arrastrado por

...«la ley de los mundos: ¡la Harmonía!»,

levanta el vuelo de su inspiración, trasciende las miriadas de mundos y mundos..., que la vista le descubre, llega á tocar

.....«El hálito
de la Vida total, el sumo aliento
de Dios...»,

y cae al fin de hinojos

«ante los claros, infinitos cielos,
en los que esplende, con la luz sublime
de millones de mundos, Tu grandeza» (la de Dios).

Este espléndido homenaje á la Suma Belleza, de la que son tenues reverberos los mundos que pueblan los espacios, confirma una vez más que la contemplación de la hermosura del cielo no puede menos de levantar en toda alma bien nacida afectos y deseos y pensamientos, los cuales son como «pasos con que camina el alma á su morada primera» (1). Y, ciertamente, con quien así sabe responder al sagrado oficio de sacerdote de las musas —valga lo profano de esta palabra— no rezan aquellos lamentos de Fr. Luis de León, otro excelso

(1) Quijote, I, XIV.

cantor de lo divino, cuando decía: «Los que emplean la poesía —léase el Arte, en general,— ó mejor la pierden en argumentos de liviandad, habían de ser castigados como públicos corrompedores de dos cosas santísimas: de la poesía y de las costumbres. La poesía corrompen, porque sin duda la inspiró Dios en los ánimos de los hombres para, con el movimiento y espíritu de ella, levantarlos al cielo, de donde ella procede; porque poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino... Y corrompen también, lo que es mayor mal, las santas costumbres; porque los vicios y las torpezas, disimuladas y enmeladas con el sonido dulce y artificioso del verso, recíbense en los oídos con mejor gana, y de ellos pasan al ánimo, que de suyo no es bueno, y lánzanse en él poderosísimamente; y hechas señoras de él, y desterrando todo buen sentido y respeto, corrómpenlo, y muchas veces sin que el mismo que es corrompido lo sienta» (1).

La otra razón que me ha movido á considerar las relaciones del Arte con la Teología, y viceversa, es el desdeñoso lenguaje con que de estos vínculos se habla en una obra que no quiero citar, y en la que su autor, cuyo nombre también me callo, afirma que el «Teologismo, que si algún crítico español culmina de modo visible, es en el Sr. Menéndez y Pelayo, aplicado á la crítica de Arte, es más bien nocivo que favorable», y se duele de que los españoles «no podamos liberarnos de ese legado ancestral».

Ignoro qué concepto tendrá, quien así discurre, de la crítica y del crítico de Arte, ni sé á punto fijo qué entienda por Teología. Pero yo que creo que «la Crítica es la Conciencia del Arte», «una de las formas más elevadas del Arte», porque, como ha dicho Rafael, «comprender, es igualar»; yo que, como H. Hello, cuyos son los anteriores conceptos, «envuelvo á los dos, al crítico y al artista, si ambos lo son de veras, en el mismo respeto y en admiración idéntica» (2), y que por Teología entiendo la fe sistematizada y organizada en ciencia, juzgo que sólo una idea menguada del Arte y un torcido concepto de la Teología pueden establecer, no digo oposición, pero ni siquiera simple divergencia entre la una y el otro. El crítico, el gran

(1) *Los Nomb. de Cristo*: lib. I; *Monte*.
 (2) H. Hello: *EL HOMBRE: La Vida, La Ciencia, El Arte*.—E. Subirana, editor.—Barcelona; 1910.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM

crítico, tiene que ser gran artista; y el Arte no está, no, ni puede estarlo, distanciado de la Teología. Porque ¿qué es el Arte?

La Antigüedad vió siempre en los artistas algo superior y divino. *No es poeta*, según Platón, quien por otra parte atribuía á la música un origen celestial, sino *el que está poseído de un Dios*. Para Ovidio, la *poesía* es *Deus in nobis*, un Dios en nosotros. Boileau por su parte dice:

«C'est en vain qu'au Parnasse un téméraire auteur
pense de l'art des vers atteindre la hauteur:
s'il ne sent point du ciel l'influence secrète...»

Y si la Mitología quiere expresar algo con sus Musas y su Apolo, y si aun hoy queremos decir alguna cosa con las palabras *numen* é *inspiración*, que tanto se barajan á propósito del Arte, ¿no será preciso reconocer que la humanidad ha visto siempre en las Artes una como lumbre del cielo, y siempre les ha señalado un origen divino? Más todavía: ¿qué significa, si ya no es lo que estamos diciendo, ese esfuerzo de la estética naturalista por hacer del Arte un culto, y con él sustituir á la Religión? (1).

Es verdad que tales esfuerzos son inútiles, y en quienes los ejecutan, impíos por añadidura; pero, impíos y todo, ¿podrá negarse que hay en ellos un fondo de homenaje al excelso ori-

(1) «El arte indefinible y absoluto es un fuego que está por encima de todos los dogmas.» C. Maclair: *Tres crisis del arte actual*. — «No vacilo en afirmar que una peregrinación á la Victoria de Samotracia, por ejemplo, ejercerá sobre un niño de doce años una influencia singularmente más dulce y más fecunda que el sacramento católico... Dios será la conciencia estética del Universo.» Roussel-Despieres: *El ideal estético*. — «Gloria al Arte! que es el único capaz de satisfacer el deseo insaciable que sentimos de lo ultrasensible y de lo ultrahumano. ¡Gloria al arte! Él es la fe, él es el culto, él es la religión de lo porvenir. Para sus divinos ídolos sean todos nuestros inciensos, todas nuestras plegarias, todas nuestras aspiraciones.» Mario Pilo: *Psicología de lo Bello y del Arte*. — Y Schopenhauer, parodiando el *Pater noster*: «Padre nuestro Homero, que ahora, con el noble Aquiles, te paseas por los jardines del Eliseo, santificado sea tu nombre. Venga á nos tu espíritu, y déjese oír tu lira así en el país de las sombras como en la tierra, con sus acordes arrancando de nuestras almas el cuidado del pan de cada día, y, maravilloso encanto del oído, reconciliando á los Centauros con los Lapitas. Que jamás tu genio nos deje caer en la tentación de una lucha desigual, antes bien libranos, siquiera por algunos instantes, del destino de este mundo. Pues á ti te pertenece la fuerza de conmover los corazones, á ti el laurel, oh Santo Padre, por los siglos de los siglos.»

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

gen y á las saludables tendencias del Arte? Cuéntase que antiguamente se concedía en Flandes indulgencias á los que oraban ante las obras de arte. Se comprende: los cristianos creían rendir así á la Divinidad un doble tributo de veneración.

Y porque el Arte tiene origen tan alto, su afán es tender al Cielo, su patria, con ímpetus cuya dirección podremos torcer, mas no reprimir. Considerado en el hombre, el Arte es una interna impulsión, un esfuerzo del hombre por salirse de sí mismo, franquear las barreras del tiempo y del espacio y lanzarse en la inmensidad de lo infinito y de lo eterno. No hay sino fijarse en el artista en el momento en que la inspiración alumbró su entendimiento y caldea su fantasía. ¡Qué hermosa y radiante y grande se le aparece la idea! Pero vedle después que ha infundido en la palabra ó en el mármol el alma de su pensamiento, después que ha dado al verbo interior formas exteriores y materiales, y, por tanto, limitadas. El artista sufre, se desconsuela. No está ahí, dice, todo lo que yo quería explicar: mi ideal es más alto y luminoso: la *certa idea* que llevo en mi cabeza, os dirá Rafael, es mucho más hermosa é inmensa.

Dice bien el mismo escritor que con tan poco respeto habla de «la ciencia medioeval»: «La fiebre de lo Desconocido, la calentura del Misterio, la sed de Infinito: he aquí el origen, no sólo de todas las artes, sino de todo lo grande que hace el hombre». ¡La sed de Infinito! Así es. Por esta causa el artista, si dignamente lleva este nombre, va buscando, por dondequiera, el ritmo divino de las cosas.

«Dans l'être le plus humble habite un dieu caché»,

ha dicho Nerval. Pues bien, esa deidad oculta, ese aspecto divino de las cosas, ese destello de lo Infinito, esa fuerza soberana que trabaja y alienta en las criaturas, es lo que el artista, rasgando la envoltura material y ahondando en las secretas intimidades y misteriosas relaciones del sér, nos da á conocer en sus obras, en las que nos es dable percibir, como en crepuscular lontananza, los tipos eternos de las cosas, lo que hay en ellas de grande, de infinito, de imperecedero. Por esta razón, como dice Sertillanges, en un retrato, cuyo original acaso no hemos conocido, lo de menos es la color y el dibujo, y aun la semejanza, sino que lo importante es el trozo de vida humana que en el lienzo se presenta á nuestra admiración, aquello por

lo cual la figura que tenemos delante representa un hombre y tal hombre, la idea de naturaleza que allí se expresa, el reflejo de verdad, de eternidad, de vida, de sueño divino, en una palabra, ¡el hombre!, participación de la Realidad creadora, migaja ideal de Dios. Esta visión divina de las cosas es la que hizo de San Francisco de Asís el artista humano más excelso, más divino, que ha pisado la tierra. La vida de este serafín humanado es el poema más grande que en el mundo se ha escrito. Para el vate de Umbría nada era vil, nada pequeño en la creación: todas las criaturas eran sublimes reflejos de la Belleza increada: el lobo y el cordero, la parda alondra y la verde brizna del prado. He ahí el Arte. «El Arte, escribe el ya citado E. Hello, es el recuerdo de la presencia universal de Dios... Acuden á rendir homenaje á esta verdad todos los errores antiguos. ¿Qué es ese esfuerzo ridículo para descubrir ninfas en los bosques y náyades en los riachuelos, sino el recuerdo extraviado y la noción corrompida del Dios presente en todas partes? ¿Y por qué el arte pagano se dirigía á esos fantasmas, sino porque para él ocupaban el sitio vacío del Dios buscado? *El recuerdo de la Divinidad, que es la ley del Arte*, explica la degradación intelectual que entre los modernos impelió á muchos artistas á tomarlo todo de los paganos, aun las formas de los cuerpos y de los vestidos, hasta el nombre de los personajes. No amando al Dios verdadero, ni pudiendo olvidarle, el arte, entre las manos de aquellos artistas, imitó á los que habían corrompido la noción de la divinidad en otro tiempo. No queriendo hablar de Jesucristo, se obstinaban en hablar de Júpiter.»

Ciertamente: el Arte tiende de suyo á la Fuente del ser y de lo bello, y á los que pervierten ó contrarían sus naturales tendencias, refrenando sus impulsos, deteniendo su marcha ascensional y obligándole á levantar sus altares sobre objetos que no son el suyo propio y último, hay que recordarles lo que San Pablo dijo á los atenienses. Sabido es que la idea divina, idea equivocada, es cierto, pero divina al fin, constituye el alma de toda la vida artística de Grecia: de sus estatuas, de sus monumentos arquitectónicos, de su literatura y de sus certámenes. El espíritu griego, que en todas sus cosas aspiraba á la suma belleza, lo deificó todo, mas porque en ninguna de sus divinidades alcanzó á incorporar y ver satisfechas sus aspira-

ciones, todavía consagró una estatua al *Dios Desconocido*. Pues bien, el Apóstol de las gentes, que era un espíritu culto y gran conocedor del alma de aquel pueblo, se presentó un día en el Areópago y le habló de esta manera: «Varones atenienses: en todas las cosas os veo como más supersticiosos. Porque pasando, y viendo vuestros simulacros, hallé también una ara en que estaba escrito: AL DIOS NO CONOCIDO. Aquél, pues, que vosotros adoráis sin conocerlo, ese es el que yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, éste, siendo Señor de cielo y de tierra, no mora en templos hechos de mano, ni es servido por manos de hombres, como si necesitase de alguna cosa, pues Él mismo da á todos vida, y respiración y todas las cosas. Porque en Él mismo vivimos, y nos movemos y somos, como dijeron también algunos de vuestros poetas» (1).

Por otra parte, aunque las expresiones sean exageradas, es igualmente cierto lo que dice el inofensivo declamador contra «el legado ancestral», cuando escribe: «El novelista, como el poeta lírico (como todo artista, añadido yo), debe ser un descontento, un *insatisfecho del mundo real*, un atormentado como Ixión y las Danaides, para hablar el lenguaje mitológico de Schopenhauer, un hombre que está disgustado, según la gráfica frase de Levêque, de todo lo que ve á su alrededor en la naturaleza y en la historia.» Exacto, si, como he dicho, reba- jamos un poco la fuerza de expresión: Bossuet decía ya que la melancolía constituye el fondo de la naturaleza humana. Sino que esa tristeza, esa inquietud, es pura y simplemente nostalgia de una felicidad perdida y que ya no existe en la tierra, y anhelo de una hermosura que la inteligencia concibe como real en alguna parte y el corazón presiente como asequible. Y he aquí también el lado providencial del Arte. Arrancando de este desasosiego, y expresándole, aspira como á llenar los vacíos, no sólo del humano corazón, sino de toda criatura, levantando nuestro espíritu á la contemplación de un sér perfecto, armónico, en quien esencialmente habita la plenitud del gozo y de la vida. Porque en todos los órdenes, y más ostensiblemente en la vida humana, por lo mismo que sus movimientos son libres, la oposición, el contraste, la lucha, el cam-

(1) *Act. Apost.*, XVII, 22-28.—Trad. de Scío.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

bio incesante, el desequilibrio, parecen como condición esencial de los seres, orgánicos ó inorgánicos, así de la existencia atónica, como de la vida superior de relación; pero, si bien se observa, esa inquietud constante, esa agitación eterna de la criatura, no es sino la natural tendencia de todas las cosas, y muy especialmente de la criatura racional, al equilibrio, á la armonía, al reposo feliz, al descanso por que el Obispo de Hipona suspiraba cuando decía: «Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que en Ti descanse.» Pues bien, como iba diciendo, de esta ingénita tendencia de los seres el Arte es, no sólo esplendorosa manifestación, sino también, según antes he dicho, un como tanteo para satisfacerla. El objeto del Arte, si no el único, á lo menos el primario, es la belleza, y la belleza es el orden, el equilibrio, la armonía, que como no puede ser absolutamente realizada, lo que hace el Arte, como dice Hello, «es desprender el elemento de esplendor que en sí mismo contiene, y mostrarnos su porvenir y su ideal». El Arte es así, á juicio del mismo escritor, «el refugio de las lágrimas del hombre». «El Arte, en cierta medida y en cierto momento, es la fuerza que hace estallar la bóveda del subterráneo en el cual nos ahogamos». ¡Santa, divina misión la del Arte, si, dócil á sus naturales movimientos, hace que ante sus obras

«El alma, que en olvido está sumida,
 Torna á cobrar el tino
 Y memoria perdida
 De su origen primera esclarecida.
 Y como se conoce,
 En suerte y pensamiento se mejora;
 Del oro desconoce,
 Que el vulgo ciego adora,
 La belleza caduca engañadora» (1).

Mas si tales son los orígenes y las nativas tendencias del Arte, si el Arte viene de Dios y á Él quiere conducirnos, ¿podrán servirles de estorbo, ni al Arte ni al artista, los conocimientos teológicos? ¿No serán, por el contrario, estelas de luz, brillantes faros, que al uno y al otro, y más si el artista es crítico, les señalen los derroteros que deben seguir y los bajíos que deben evitar, si han de dar vista á los lejanos horizontes del

(1) Fray Luis de León: *Oda á Salinas*.

Ideal? «Es un hecho — escribe A. Loisel — que los fulgores de belleza, de sabiduría y de verdad son rutas que conducen al alma hasta el dintel del templo. La belleza puede crear en las almas un vínculo de adoración á Dios. Únicamente el flaco de la belleza está en su percepción, que, muy frecuentemente, se detiene en las apariencias y en las formas de las cosas. Mas para el creyente, las formas materiales no tienen belleza verdadera sino en cuanto son imagen de Dios. Nada más exacto, desde el punto de vista católico, que afirmar la existencia de una metafísica incondicionada que encierra los tipos hacia los cuales las realidades se agrupan en series rítmicas. El espíritu que de las bellas formas visibles se eleva á las invisibles, descubre en éstas una belleza más alta; pero sólo á la fe le es dado penetrar en la esfera de la belleza total, donde la gracia excede á toda belleza creada, y donde el hombre podrá extraer de las ideas la alegría y el sentimiento de la armonía suprema: es la gran obra de trasmutación espiritual del sentimiento y de la idea en pureza y hermosura penetrantes. Por esta parte, un campo inmenso de estudios nos espera, y una contribución de la estética en este sentido sería útil, por la misma razón que los lugares teológicos, al acrecentamiento de la ciencia de Dios y de las almas. No, la teología no es una Isla de los Muertos; y los que pretenden aislarla en lo pasado, y quitarla el poder de síntesis universal, desconocen el orden según el cual la ciencia divina es el polo supremo en cuyo derredor gravita el pensamiento» (1).

Por vía de remate y de coronamiento de este artículo, nada me sería tan fácil como demostrar *à posteriori* el espiritual parentesco entre la Teología y el Arte. El cual estudio probaría, además, que cuando la fe, verdadera ó errónea, se ha eclipsado en las almas, conjuntamente se han oscurecido las artes de un pueblo, como sucedió en Roma, cuya decadencia artística empezó cuando el escepticismo dió entrada en el panteón á todos los dioses, que era lo mismo que no creer en ninguno; mientras, por el contrario, cuando la fe, como sucedió en los tiempos medioevales, ha iluminado los espíritus, entonces ha sido cuando el arte ha escalado las más altas cimas. Nada más fácil, repito, que este estudio; mas porque nos llevaría dema-

(1) *L'Expérience Esthétique et l'Ideal Chrétien.*

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

siado lejos, valga, por todos los casos que pudieran citarse, *La Divina Comedia*, admirable síntesis que condensa toda la *ciencia medioeval*. Se ha comparado el poema de Dante á una catedral gótica, porque, como en esta maravilla del arte arquitectónico —otro hecho que habla elocuentemente en pro de la bienhechora influencia de la Teología sobre el Arte,— todo se ha dado cita en la obra del poeta florentino: la naturaleza, el hombre y Dios, cada una de estas cosas en sus múltiples y variados aspectos y relaciones. Pues bien, para nadie es un misterio que la clave de bóveda de esa gigantesca catedral es Beatriz. Y ¿qué es Beatriz, y qué representa en el poema, sino la Teología?

...•Quanto ragion qui vede
 dir ti poss'io (Virgilio); da in di in là t'aspetta
 pure a Beatrice, ch' è opra di fede (1).

Lo que iluminó á Dante en aquel viaje del alma hasta Dios fué, pues, lo dice él mismo,

...•la Verità che quinci (del cielo) piove
 per Moisé, pèr Profeti e per Salmi,
 per l'Evangelio et per voi che scrivate
 poichè l'ardente Spirto vi fece almi...
 Quest' è il principio (la verdad revelada); quest'è la favilla
 che si dilata in fiamma poi vivace
 E, come stella in cielo, *in me scintilla* (2).

Quizás no falte quien diga: Está muy bien. Eso será el Arte (con mayúscula), en teoría; pero la realidad es que las artes (con minúscula), sobre todo el arte literario, no se ciernen hoy sobre tan excelsas cumbres. Y yo replico: Es verdad. Pero así andan hoy las artes: harapientas, sucias, nutriéndose de bellotas y á su vez sirviendo de pasto á inmundos apetitos. Esperemos, sin embargo, que, como el hijo pródigo, entren algún día dentro de sí mismas, se reconozcan y emprendan el retorno al Padre.

(1) Purg., XVIII.
 (2) Parad., XXVI.

Reseña de la provincia y ciudad de Mompós (Colombia)

por el MARQUES de Sabuz.

III

Razas y subrazas momposinas. (1)

Las razas dominantes en la provincia, lo mismo que en toda la parte boreal de la República, son la blanca, parda y negra, así llamadas, á usanza de nuestros mayores, y con muchísimo acierto, en un libro bautismal de Santa Cruz de Mompós. Se nos figura, quizás erróneamente, que en estas tres razas, tal cual se encuentran en la región aquella, Fidas no hallaría la suficiente majestad para su Júpiter Olímpico, ni Praxiteles la corrección de líneas para su Apolo Sauroctone, ni Buonarrotti el nervio y compacta musculatura para su celebrado Moisés, ni Rubens, Tiziano y Jordán un modelo para sus espléndidas matronas, plétóricas de belleza, juventud y vida. En cambio, los príncipes de la pintura y escultura modernas, hartos desdeñados con la magnificencia de la escuela clásica, y no muy encariñados con las dulzuras del misticismo católico, ya relegado al olvido, encontrarán gracia, gentileza y movimiento, ó también tipos muellemente lánguidos, indolentemente cariñosos, como algunos que salieron de la juguetona, al par que traviesa fantasía de Tintoreto, Falero, Bouguereau y Ritter.

Pertenece á la raza blanca ó caucásica los hijos de árabes, siriacos, circasianos, turcos, italianos y, singularmente, españoles, que serán un 30 por 100 del total de la población. Los individuos de esta raza tienen su asiento principal en el levante de la provincia—Santa Cruz de Mompós, San Fernando, Margarita, etc.;—y si hubiéramos de dar forma plástica á la idea que tenemos de todos ellos, diríamos que se asemejan á la crio-

(1) Vid. pág. 414 del volumen anterior.

LIBROS NUEVOS

«El alma en pena» (poema íntimo), por Carlos Fernández Shaw.

Llega á nosotros este libro póstumo de Fernández Shaw, tan querido y admirado en esta casa de LA PRENSA, á la cual honró muchas veces visitándola, en donde muchos años fué el maestro y el compañero siempre atento á alentarnos con sus consejos, con sus aplausos, siempre deferente, siempre cortés. El libro nos produce una inmensa pena. ¡Pobre Carlos! Cuando á fuerza de trabajo, de tesón, de entusiasmo, su obra poética había culminado, cuando todo le diputaban por uno de nuestros más grandes líricos, la Vida á la cual amaba tan ardientemente, como amante coqueta, le abandonó, y tras una lucha tenaz, sin cuartel, se rindió á la Muerte un día de Junio, cuando la Primavera hacía más grato el vivir.

Pero la pena que sentimos al ver el libro se convierte en admiración al leerle. Es sin disputa una de sus más bellas obras. Escrito con sencillez y sinceridad—los dos elementos que queremos siempre ver fundidos en el arte—llega al corazón hondamente y en él se graban tan bellos y nobles versos.

La última parte del libro la forman unas composiciones que hubieran constituido el libro que más amaba el poeta. *Poesía del cielo*. La musa de Fernández Shaw nunca fué más noble y majestuosa que en sus poesías dignas de toda admiración.

La falta de espacio nos priva del placer de seguir hablando de *El alma en pena*, pero no queremos que los lectores dejen de admirar algunos versos del libro y á continuación insertamos un fragmento de *Mundos y Mundos*.

¡Oh libro de los cielos, en que el hombre jamás termina su febril lectura!

¡Oh, Dios, mi Dios! Y ante grandezas tales, ante el gozo sin fin del Universo, que con risas de luz, en Soles tantos, eternamente complacido, ríe, ¿será que el hombre, desolado, nunca descubrirá el Misterio que le envuelve, ni abarcará la vida que le cerca?

Entre las garras del dolor, en vano lucha contra su mal; ave medrosa que se siente morir entre las garras de acero del halcón... Pasan los siglos, y á través de los siglos suena y vibra la voz del hombre, vana y lastimosa, como lamento de infeliz esclavo...

Pasan los siglos, pasan las edades, sin que ceda el dolor... ¡Dios de los cielos: vuelve á tus hijos tus amantes ojos!

Á Ti clamamos, en angustias hondas; á Ti clamamos, en perennes dudas, y en mares zozobramos de tinieblas.

¡Venga á nosotros Tu divino Reino!
¡Llegue á nosotros la Verdad, con rayos de intensa luz, que el réprobo confundan!
¡Cese al fin el silencio de la Esfinge!
¡Danos al fin la clave del Enigma!
¡Danos al fin las mieles de Tu Gracia!

CARLOS F. SHAW

UN LIBRO DE VERSOS

«El alma en pena», poema íntimo por Carlos Fernández Shaw

Algunos años después de la muerte del malogrado poeta Carlos Fernández Shaw aparece en las librerías este libro, que recoge los últimos versos del autor de «Poesía de la Sierra».

Libro de dolor; libro de sinceridad. El poeta en él nos da su alma dolorida ante la vida que se le niega, ante la muerte que le aguarda...

La rima y el ritmo son tan sencillos, son tan claros, que el dolor del poeta se transparenta sin artificio alguno. Y quizás por esto, aun cuando Fernández Shaw fué siempre un poeta que no atormentó su Musa con martirio de la forma, los versos de «El alma en pena» son de los mejores que escribió.

Durante muchos años Carlos «se vió» morir: él que tanto amaba la vida, que dió todo su corazón á esa quimera que se llama Gloria, sintió que las fuerzas se le acababan, que su cerebro se oscurecía, y cuando se acercó á él no pudo gozar de sus caricias.

Un día se sintió enfermo, y la enfermedad rebelde, cruel, despiadada, fué destruyendo á aquel hombre al parecer tan fuerte.

Para reponerse buscó refugio en Cercedilla. La sierra y el dolor hicieron un gran poeta de Carlos, cuyo arte ganó en horizontes, sensibilizándose.

El que á los diecisiete años tenía ya fama de poeta, la afirmó rotundamente con la publicación de «Poesías de la Sierra», á la que siguió «La vida loca», galardonada por la Academia con el premio Fastenrath.

Descansaba solamente en su amado huerto de Cercedilla.

En él escribió sus mejores libros, y allí, al amparo de aquel remanso de su vida de lucha, soñaba con ver convertida en realidades sus ilusiones. Escribía é imaginaba planes vertiginosamente. Soñaba con el estreno de un drama en verso, «La Virgen de los Rosales», con la afirmación de la ópera nacional, de la que, en su campo de poeta fué entusiasta propagandista, con veladas en el Ateneo, con un viaje á América.

Todo lo acabó la muerte; pero lo acabó lenta, pausadamente, con refinamiento cruel. Duró unos años la lucha, y al fin la Sirena Negra venció.

¡Imagináis que haya un dolor más grande que el dolor de este hombre que siente venir la muerte, acercarse á él, estrecharle en sus brazos, helar su sangre, detener su corazón y no tener medios de defensa!

Y la muerte llega un día primaveral por el huerto en flor.

«Mira que es triste mi sino,
Llega la muerte traidora,
Llega contra mí la infame,
por un camino de rosas»

dice el poeta, y luego, ante la resurrección de la vida:

«Mientras me muero de angustia,
todo en el mundo revive;
mientras me acaban las penas,
¡hasta mis hijos sonríen!»;

pero, cansado de sufrir, añade:

«No prolongues mis tormentos,
dura muerte, muerte aciaga,
ven y acaba con mi vida,
que es mi muerte. ¡Ven y acaba!»

La última parte del libro la forman unas cuantas composiciones que hubieran formado el libro «Poesía del cielo», en el que el poeta había puesto sus mayores esperanzas. «Quería él—dice el noble prologuista de esta parte del libro—terminar el tríptico poético que había imaginado al escribir «Poesía de la sierra» y «Poesía del mar», y compendiar en las nuevas composiciones toda su obra lírica, toda su fe».

Seguramente, hubiera hecho una obra definitiva con el libro de sus amores. Dios no ha querido que lo escriba. La última composición, sin terminar, es para nosotros, sus verdaderos amigos, como una oración, y leyéndola, en el alma el recuerdo del malogrado Carlos sentimos renovada la pena por su muerte y avivada nuestra admiración por el gran poeta.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJMI

Un libro de versos

El alma en pena, (poema íntimo), por Carlos Fernández Shaw.—Madrid, 1913.

Honda emoción me ha causado la lectura de este maravilloso libro de versos del poeta que abandonó la vida rimando sus últimas penas y amarguras.

Leyendo estas páginas, que parecen escritas en horas de desaliento y pesimismo, evoco los últimos años del ilustre cantor de la Sierra, que tantas glorias alcanzó con su brillante pluma y cuya muerte fué todo un poema de martirio y sufrimiento.

No es esta obra para distraer el ánimo y recrearlo en la contemplación de bellos paisajes que pasan fugaces; es libro de sentimiento y de nostalgia, libro donde el dolor se cristaliza en renglones desiguales que van dejando tras sí una estela de inefable armonía... Libro donde la música del verso va sonando en nuestros oídos como algo vago y confuso que nos evoca días venturosos que se fueron tornando en amargos, como esos días de sol espléndido que se truecan repentinamente en tormentosos y tristes. Tal es este volumen, que me ha hecho pensar y sentir tanto. Tales estas rimas de ensueño, donde hay más poesía que en todos esos otros libros que nada dicen al espíritu y que sólo son comparables a las flores de trapo, que tienen vista desde lejos...

Parece que Fernández Shaw presentía su próximo fin al ir escribiendo este libro. Desde su comienzo se vislumbra ese presentimiento. Así dice en la primera página:

«Oye, lector: si gozas de la vida, no fijas tus miradas en mis versos. Son muy tristes, y causan las tristezas los daños, que desgarran, del veneno. Mas, si lloras y sufres, si el dolor te enloquece, ve leyéndolos. Expresando mis cuitas, es posible que digas, a la vez, tus propios duelos.»

Y más adelante del libro, se acentúa su pesimismo, cuando exclama:

«¡Adios, puertos de la Sierra, cumbres en Navacerrada, pinares en la Fuenfría, pinares en Guadarrama!

Nunca volverán mis pasos a profanar vuestras nieves. Voy camino de otro puerto; puerto del que no se vuelve...»

«Son los supremos recursos. Quien lo asegure no miente. Tan supremos, que me aprontan la paz suprema: la Muerte.»

* *

Uno de los más vehementes deseos de Fernández Shaw era, en sus últimos meses, el terminar una obra que había proyectado y que había de titularse «Poesía del Cielo», cuyo volumen completaría una trilogía con «Poesía del Mar» y «Poesía de la Sierra», que tanto éxito alcanzaron cuando vieron la luz.

Pero sus afanes, sus esperanzas, sus ilusiones, puestas en esas futuras páginas que hubieran sido, al concluir la labor ideada, un verdadero triunfo literario, bien pronto cayeron marchitas ante la negra realidad presentida: la Muerte.

Así, quedó truncada la obra apenas comenzada. Al final de *El alma en pena*, figuran varias composiciones de «Poesía del Cielo», entre las que se destaca por sus admirables pensamientos y correcta versificación, la titulada «Mundos y Mundos». La

última poesía del libro, «De hinojos», no pudo terminarla Fernández Shaw. Hé aquí las dos últimas estrofas que escribió el inolvidable amigo:

«Por gran salud aspiro.
Con ansia de salud mi afán se engendra,
mi afán mayor, en este mi retiro,
donde el dolor mis ánimos acendra.

Mas por el bien suspiro,
ya por el bien tan sólo, que es delicia,
salud del alma; ¡bálsamo clemente!
por merced o justicia,
con que Tu santa protección me aliente.

Porque su bien me ampare, providente,
mi ser, en cuerpo y alma, se desligue
de toda cuita mundanal; un hondo
resignado sentir

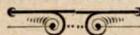
Tales fueron sus últimos versos. ¡Pobre poeta!

* *

Cádiz tiene deudas de gratitud con su cantor inolvidable; y lo menos que podría hacerse en memoria de nuestro genial paisano es adquirir ejemplares, muchos ejemplares de su obra, que bien lo merece.

¡Sería un homenaje que tendría la eterna gratitud de la viuda y los hijos del infortunado lírico!

EDUARDO DE ORY



LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA
Y AMERICANA

LA MODA ELEGANTE

DIRECTOR:

Alejandro Moreno y Gil de Borja

REDACCIÓN

EL ALMA EN PENA.—Poema íntimo, por Carlos Fernández Shaw.—Precio del ejemplar: 3,50 pesetas.—Madrid, 1913.

Fernández Shaw, el insigne poeta muerto en la plenitud de sus hermosas facultades creadoras, el artista que ha enriquecido á nuestra literatura con joyas de tan alto precio como *Poesía de la sierra*, *La vida loca* y *La Patria grande*, dejó, al abandonar el mundo, unas admirables estrofas inéditas.

Su noble compañera ha dado á la estampa esas producciones, que forman el libro titulado *El alma en pena*. Ese libro nació—según afirma el autor con acentos conmovedores—«como nacen los íntimos sollozos, como brotan los trágicos lamentos».

Intensa emoción embarga el ánimo al oír por última vez la voz del poeta enfermo, la voz del poeta que ve acercarse la muerte y con dolorida sinceridad anota sus esperanzas breves, sus desalientos largos, la tristeza de sus evocaciones, la amargura de sus recuerdos.

Para esas estrofas pidió Fernández Shaw una acogida de piedad, de ternura, de silencio. Y las almas buenas, las que aun consagran atención y cariño al Arte español, atenderán los votos del inspirado lírico, que vive y vivirá siempre en la historia de nuestras letras.

Como apéndice de *El alma en pena* figuran unas cuantas poesías, únicas que compuso el autor para su proyectado libro *Poesía del cielo*, libro de entusiasmos y de esperanzas, que la muerte truncó.

«De hinojos», endecha de fe y de resignación, quedó sin terminar. La postrer inspiración del bardo señaló á su alma el camino hacia Dios.

La vida madrileña

Para LAS PROVINCIAS

El frío.—Los teatros solitarios.—En el Real.—El público se aburre.—Estreno de «Las mujeres guapas», en Appio.—¡En Eslava echan carne á las fieras!—Los salpicillos y un conductor de la opinión pública.—El alcalde publica un bando largo.—¿Para qué se ha tomado tal trabajo?—Todo sigue tan mal como estaba.—Olvidos de la autoridad municipal.—«El alma en pena», libro de poesías de Carlos Fernández Shaw.—Una obra sincera.—Tributo á la memoria del insigne poeta.

* * *
No hace mucho tiempo, consigné en una de mis crónicas la frase de un distinguido escritor de que «no vale la pena de tener ideales en este aduar».

Al leer el libro de Carlos Fernández Shaw, *El alma en pena*, publicada por la *Biblioteca Renacimiento*, viene á mi memoria aquella frase, al mismo tiempo que la noble figura del poeta.

Fernández Shaw acarició grandes ideales y trabajó en pro de ellos con energía y ansias de gran luchador. Cuando el desencanto invadió su corazón, sintió un profundo desdén hacia la farándula de nuestra vida literaria y se refugió en la soledad del campo.

¡Allí estaba la poesía en la sierra, en el pinar, en el cielo... donde la buscaba el alma dolorida de Fernández Shaw!

El alma en pena es un libro sincero, compuesto de versos que son vibraciones del espíritu, sollozos desgarradores, sonrisas irónicas... Fernández Shaw sentía que se separaba del mundo, y de su lira se desprendían ayes de dolor y notas de angustia por los desencantos sufridos.

El insigne poeta fué un gran optimista, que entregó á la sociedad su espíritu y su corazón, y cuando aquella se los devolvió, los llevaba heridos de muerte.

Cuantos admiraron á Carlos Fernández Shaw, que son muchos; cuantos le quisieron, que son todos los que le trataron, deben leer *El alma en pena*, el libro de poesías más sincero que se ha publicado en los últimos años. La ilustre personalidad del poeta rindió en este libro los últimos alientos de su espíritu noble y generoso.

EL BACHILLER CARRASO

Madrid 8 de diciembre de 1913.

El alma en pena

DE CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

Aquel tierno y melancólico poeta que se llamó Carlos Fernández Shaw, cuya musa sonora y musical era de un lirismo dulce y evocador, dejó á su muerte varios manuscritos—pues fué un infatigable trabajador—y á la honrosa y laudable tarea de darlos á luz se han consagrado sus hijos.

Hoy se publica este tomo titulado *El alma en pena*, poema íntimo, hecho con gritos dispersos, con ayes doloridos, con lágrimas vertidas un día y otro día que engarzadas y eslabonadas en este volumen, constituyen la más íntima y sincera lamentación de un poeta que se siente morir.

Tú, Dios piadoso, que miras

mis suplicios infernales;

Tú, que mis cuitas conoces;

Tú, que mis tormentos sabes;

haz que los hombres conozcan

todo el horror de mis males.

Comprendan... porqué me pierdo,

¡ya que no pueden salvarme!

Es una morbosa obsesión que le ataraza el cerebro y que ennegrece sus pensamientos. La idea de la muerte le persigue constantemente:

como pájaro que tiembla

del halcón y de sus garras,

yo me espanto de la muerte,

que en la sombra me amenaza.

Carlos Fernández Shaw, era, bueno en el estricto sentido de la palabra. Este libro que es un testamento poético pone de relieve su alma sencilla, cristiana y apacible. Escuchad una de sus últimas poesías, que está impregnada de un hondo y sencillo misticismo, como si encomendara á Dios su espíritu:

Tres años llevo de angustia,
con mi dolor, con mi Cruz.

Tres años ya, sin que sepa

lo que es vivir con salud.

Tres años bajo la muerte;

¡bajo su horrenda segur!

Más, ¿qué importan ni que valen

tanto mal, tanta inquietud?

Mis ojos eleve al cielo,

tan piadoso, tan azul,

¡Qué no sufrió por los hombres

mi Dios, y con qué virtud!

Cuanto ¡por mí!, ¡desangrado

sobre un madero! Jesús.

Poco después de escribir esta poesía moría este hombre bueno. Es pues este libro, como el último suspiro de un estro.